



—No seas llorona. Prueba otra vez.

Louisa agregó otra pesada roca sobre una pila tambaleante. La piedra era casi tan grande como su cabeza; sus músculos se marcaban por el esfuerzo de cargarla a través de la arena oscura y húmeda que había en la orilla del río, provocando que sus elaborados tatuajes se ondularan.

Una vez colocada y equilibrada sobre las otras rocas, la joven se alejaba rápidamente, como si temiera que la pila fuese a explotar.

Taylor observaba la demostración con los brazos cruzados bajo el resplandeciente sol de la tarde. Un viejo cobertizo para botes era la única construcción visible. Más allá del cobertizo, destellaba el verdor de los prados.

Estaban solas. Más temprano habían pasado a gran velocidad algunos remeros, como si flotaran por encima del agua. Pero ya hacía un rato desde la última vez que alguien había aparecido por ahí. Los únicos sonidos eran el siseo del viento al rozar la hierba y el zumbido de las abejas volando entre las flores silvestres. Era el lugar perfecto para practicar.

La tarde se había vuelto calurosa. Los rizos rubios de Taylor se pegaban a sus mejillas húmedas, mientras miraba con desconfianza las piedras.

—Vamos, Lou. ¿Por qué tantas?

Apoyada contra la pared del cobertizo, Louisa le dirigió un gesto fulminante.

—Si me pagaran por cada vez que te quejas —la provocó—, no estaría parada aquí apilando piedras. Entonces, ¿ya te vas a concentrar, o qué?

Su cabello azul atrapaba la luz del sol y la convertía en brillantes chispas celestes.

Taylor cerró los ojos y dejó de discutir. En la oscuridad bajo sus párpados, el mundo alquímico cobraba vida. Las moléculas de energía bailaban alrededor de la chica y su mente las traducía en objetos tangibles: dorados filamentos de poder que surgían de los prados detrás del cobertizo, sedosos cordones cobrizos que provenían de las moléculas luminosas del aire.

El río era el que tenía el mayor potencial, pues visto de este modo consistía en una corriente de lava color ámbar que avanzaba lentamente por el campo regado de flores.

Las moléculas eran invisibles para el ojo humano, pero ella había aprendido a verlas. Debía percibir lo que estaba a punto de tocar para manipularlo, para cambiarlo.

Taylor respiró profundamente y escogió con cuidado uno de los filamentos más finos del agua y lo dirigió a las piedras.

*Levántate.*

Cuando la alquimia funcionaba, podía sentirlo: un vertiginoso impulso de energía que desbordaba sus venas. Una colorida explosión de poder.

Abrió los ojos. La pila de pesadas rocas se balanceaba, como si fueran globos, por encima de la lenta corriente del río; cada piedra permanecía perfectamente alineada con la que se hallaba debajo, como un pastel rocoso de varias capas.

–Lo hice –mencionó Taylor, tras evaluar satisfecha su trabajo.

–Genial –Louisa no parecía impresionada–. Ahora déjalas con cuidado en el agua.

Taylor llevaba lidiando todo el día con esta parte. Levantar las piedras era un asunto, pero colocarlas en un lugar específico resultaba mucho más complicado. Con el entrecejo fruncido por la concentración, se aferró al hilo de energía y, poco a poco, buscó depositar las rocas en el lento vaivén de las olas.

*Floten.*

Prácticamente podía sentir la carga de las pesadas rocas, que parecían resistir el poder de la joven. El jalón de la gravedad era implacable.

Taylor tenía la frente salpicada de sudor y los puños apretados a los costados, mientras luchaba por mantener el control. Por un segundo, la pila actuó como ella ordenaba, con las piedras flotando ligeras como pétalos de rosa hacia el agua de tono azul grisáceo. De pronto, sin previo aviso, el filamento dorado de energía molecular se liberó y quedó bailando en los bordes de su mirada como un duende.

–¡No! –estiró las manos como si buscara detener físicamente lo que ocurriría a continuación, pero era demasiado tarde. Las rocas salieron disparadas en todas direcciones.

Una de las piedras voló directamente hacia Louisa, que no contuvo los insultos y levantó de golpe una mano. La roca pareció estrellarse contra un muro invisible que se encontraba encima de ella. Rebotó con dureza, antes de aterrizar con un leve golpe seco en el borde de la ribera. Otras dos piedras cayeron río arriba, a lo lejos, y una más desapareció en la orilla opuesta.

Después de lo ocurrido, incluso las aves callaron, como si necesitaran un segundo para maravillarse de la incompetencia de Taylor.

–Diablos –la joven se limpió el sudor de la frente–. Estúpidas rocas –volteó hacia Louisa–. ¿No podríamos volver a encender velas? Las adoro.

La otra joven negó con la cabeza.

–Se trata de control, Rubia. Tienes esta habilidad natural de locos, pero ahora tienes que aprender a utilizarla antes de que alguien termine muerto.

–Oh, gracias, Lou –Taylor se quitó el cabello de su rostro pegajoso con un fatigado manotazo–. Ahora me siento mucho mejor.

Antes de que la otra joven alcanzara a dedicarle una de sus ásperas respuestas, su teléfono sonó. Le dirigió a su aprendiz un gesto de “dame un minuto” y caminó hacia el cobertizo para tomar la llamada en privado.

Taylor la observó retrocediendo con una mirada contemplativa. Seguía habiendo asuntos que ignoraba y que Louisa no le había contado. El Colegio San Wilfred de Oxford mantenía misterios de cientos de años, y Taylor se encontraba en el corazón de ellos.

Con un suspiro, se sentó en una vieja banca de madera, cuyo áspero material había sido suavizado por los años de lluvia y viento. La intensa concentración que implicaba su entrenamiento era bastante agotadora. Sentía como si hubiera corrido varios kilómetros. El sudor resbalaba por su cara y sentía el cuerpo débil. Su blusa blanca –con el lema “Me gustan los LIBROS grandes y no puedo mentir”– se adhería a su torso.

Tomó un trago de su botella de agua tibia y miró a través del prado. A la distancia, los elevados chapiteles de piedra de San Wilfred se erguían hacia el cielo. A todo el mundo le parecía un castillo blanco que resplandecía bajo el sol.

Seguía sin creer que ahora esta fuera su casa. Cada mañana se despertaba en aquella habitación desconocida y veía alrededor las paredes blancas y lisas, junto con los muebles anticuados, y se preguntaba dónde

demonios se encontraba. Entonces los recuerdos llegaban a inundarla: la pelea en Londres, los portadores rodeándola y apabullándola en la calle, la brillante motocicleta de Sacha rugiendo hacia ella, el incontenible poder que surgió cuando ambos juntaron sus manos y destruyeron a aquellas criaturas demoniacas.

De pronto zumbó su propio teléfono en su bolsillo e interrumpió sus pensamientos. Cuando lo sacó, resplandeció un mensaje de su madre para ella.

Te extraño, querida. ¿Te llamo en la noche?

Algo en el pecho de Taylor se contrajo y la joven estrechó el aparato.

Louisa y los otros alquimistas los habían llevado a Oxford por su propia seguridad, y probablemente este lugar fuera el más seguro. Por lo menos tanto como se podía. Pero no se sentía como su hogar.

Echaba de menos a su mamá más de lo que estaba dispuesta a admitir. Le envió un mensaje de texto:

¡Sí! Te llamo antes de la cena.

Extrañaba tanto su casa. Incluso echaba de menos a su hermana menor, Emily. Y *realmente* extrañaba a Georgie. Su mejor amiga le mandaba mensajes constantemente, pero ahora las separaban cientos de kilómetros, en más de un sentido. Georgie se hallaba en Woodsbury, preparando sus exámenes y soñando con el viaje de verano a España que haría con su familia, cuando terminara las pruebas.

Taylor aprendía a combatir monstruos.

Miró de reojo a Louisa –quien seguía hablando por teléfono–, respiró profundamente e hizo a un lado la melancolía. No podía permitir que alguien se enterara de cómo se sentía. Tenían que creer que ella era la indicada. No tenían otra opción más que hacerlo.

Cerca del cobertizo, Louisa metió su teléfono en el bolsillo de sus pantalones recortados y regresó dando largos pasos hacia su aprendiz.

—Debemos volver —anunció—, Jones me quiere ver.

Todo el mundo en San Wilfred le llamaba “Jones” al decano, Jonathan Wentworth-Jones. No se podía decir que en el colegio hubiera un poder jerárquico, pero cuando el decano llamaba, había que acudir.

Entusiasmada en secreto con la idea de dejar el asunto de levantar rocas, Taylor siguió a Louisa por la vereda que se extendía a lo largo de la ribera hacia la escuela.

El sendero era estrecho y estaba lleno de hierbas altas y de flores silvestres, que se inclinaban hacia las jóvenes provocándoles un cosquilleo en las piernas. Mientras caminaba, Taylor anudó sus rebeldes rizos dorados, permitiendo que la suave brisa refrescara la piel detrás de su cuello. Era el mes de julio más caluroso que alcanzaba a recordar. Cada día era abrazador, como si el mundo estuviera a punto de acabarse.

Estaba tan perdida en sus pensamientos, que ya habían recorrido media ribera cuando se percató de que Louisa no había dicho una sola palabra. Normalmente, le hubiera reprochado por lo ocurrido con las rocas y la hubiera amenazado con horas de extenso entrenamiento. Sin embargo, ahora guardaba silencio, y su rostro estaba tenso y pensativo. Taylor la examinó con curiosidad.

—¿Qué sucede?

Louisa levantó la mirada. Bajo la brillante luz del sol, sus ojos tenían el color del dulce de leche.

—No es nada —respondió encogiéndose de hombros y apartando la mirada—. Jones siempre se preocupa por un asunto o por otro.

Taylor sabía que su tutora le estaba ocultando algo, pero lo dejó pasar. Tenía sus propios problemas.

Con cada acalorada jornada que transcurría, sus habilidades alquímicas se fortalecían. Tal vez no podía controlar las estúpidas rocas, pero

no había duda de que estaba mejorando. Incluso ahora le resultaba difícil concentrarse en el camino sólido que tenía por delante, pues las moléculas de energía parecían perseguirla. Esferas doradas obstaculizaban su camino. También la rodeaban gruesas gotas color de miel y las corrientes que ellas formaban. Resultaba una distracción constante que terminaba mareándola si las veía directamente al caminar, por lo que estaba aprendiendo a enfocarse en ver el mundo como lo hacía la gente normal. Las flores azules y rosadas; el suave verde del césped; la luz del sol.

Al final del camino, había una vieja puerta de madera empotrada en medio de un muro de piedra con varias ventanas profundas. En la roca, encima de la puerta, habían sido tallados símbolos antiguos. Taylor apenas los notó cuando recién llegó. Ahora los percibía constantemente, estaban por todos lados del colegio. El poder siniestro del uroboros, la serpiente mordiendo la cola. La simplicidad de un círculo perfecto entrelazado por un triángulo. La perfección del ojo que todo lo ve. Había docenas de estos símbolos. Cada uno representaba un elemento de la antigua alquimia —cobre, mercurio, estaño— con su correspondiente poder para repeler la energía oscura. El oro, representado por el sol, y la plata, por la luna, eran los símbolos más fuertes de todos. Tallas de soles y lunas coronaban cada puerta, cada ventana, cada pared.

En conjunto formaban una barrera protectora alrededor de San Wilfred. Normalmente, esto bastaría para mantener segura la escuela, pero los tiempos estaban cambiando.

Ya nada estaba a salvo.

La puerta no tenía manija. Louisa presionó la punta de los dedos contra la madera llena de cicatrices. Segundos después hubo un sonido metálico y la puerta se abrió.

Del otro lado, los alumnos y profesores se apresuraban a atravesar un patio interior cubierto de césped, limitado por todas partes por altos edificios de piedra. Encima de sus cabezas se erguían elegantes torres y

chapiteles. Lucía como un colegio de Oxford perfectamente ordinario. Y de cierta manera lo era.

Las jóvenes se sumaron al torrente de estudiantes.

–No te preocupes por la práctica –Louisa habló tan repentinamente que Taylor se asustó–. Ya lo conseguirás. Estás progresando.

–Lo sé –respondió–. Solo desearía que fuera más rápido.

–Es rápido –la sonrisa de Louisa era sombría–. No lo parece porque tenemos prisa.

Un grupo de chicas se reunió junto a una columna y miraba fijamente a Taylor. No hacían ningún esfuerzo por ocultar su interés, y el siseo de sus murmullos parecía resonar en los oídos de la joven.

–¿Es *ella*?

–No veo nada especial en ella.

Esto ocurría tan a menudo que debería haberse acostumbrado, pero seguía molestandole. Sus mejillas se sonrojaron y el enojo creció en su interior.

Los rumores acerca de ella y Sacha habían circulado desde que llegaron al colegio. Ignoraban la historia completa –Jones la mantenía en secreto para evitar que se extendiera el pánico–, pero todos sabían que los problemas que enfrentaban se relacionaban con ellos dos, y esto no era para alegrarse.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta mordaz, Louisa se deslizó delante de ella y encaró a las chicas, con los brazos cruzados y la mirada en llamas.

–¿Qué diablos pasó en sus vidas para que actúen de esta manera? No estamos en la secundaria. Largo de aquí o las reporto con Jones.

Las chicas se encogieron ante el arrebató de su mirada. En segundos, el grupo se fundió en el alboroto general del patio.

–Idiotas –gruñó Louisa–. Vamos.

Tomó a Taylor por el codo y la condujo hacia el pasaje de piedra.



Al llegar a las escaleras del edificio administrativo, alto, de estilo gótico, marcado por las sombras de unas gárgolas con apariencia de lagartos que miraban a la multitud debajo de ellas, Luoisia se detuvo.

–Puedes esperar aquí si quieres, pero no sé cuánto tiempo tardaré –caviló un instante–. ¿Por qué no te reportas con Alistair y los demás?

–Seguro –respondió Taylor encogiéndose de hombros.

–Ve directamente con ellos, ¿de acuerdo? –la expresión de Louisa se había vuelto severa.

Taylor contuvo una respuesta mordaz. A ella y a Sacha los protegían constantemente, incluso en los terrenos del colegio, y ambos estaban cansados de que los trataran como niños.

–Lo prometo –asintió, manteniendo una expresión tranquila.

Sin embargo, en cuanto la otra joven entró al edificio, Taylor no se dirigió al laboratorio, donde los investigadores seguían experimentando con los restos de los portadores muertos que trajeron de Londres. En cambio, se volvió en dirección opuesta y se encaminó con un propósito.

